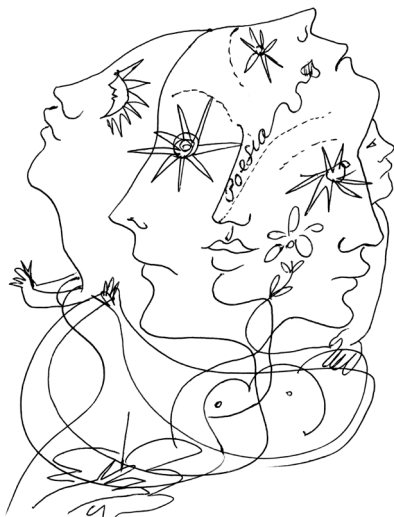


ANTONIO HERNÁNDEZ

A balón parado



ediciones
del Genal

ediciones del Genal

© Textos *Antonio Hernández*

© Imagen cubierta *Rafael Pérez Estrada y derechohabientes.*
Cedida por José Infante Martos (Colección privada)

Autor: *Antonio Hernández*

Título: *A balón parado*

Dirige la colección: *Manuel Francisco Reina*

Promueven: *Ayuntamiento de Málaga y*

Empresa Malagueña de Transportes (EMT)

Diseño y maquetación: *Nuria Ogalla Camacho*

Edita: *Promotora Cultural Malagueña*

Coordina: *Ediciones del Genal*

Colabora: *Librerías Proteo y Prometeo*

Depósito legal: *MA-232-2017*

ISBN: *978-84-16871-26-1*

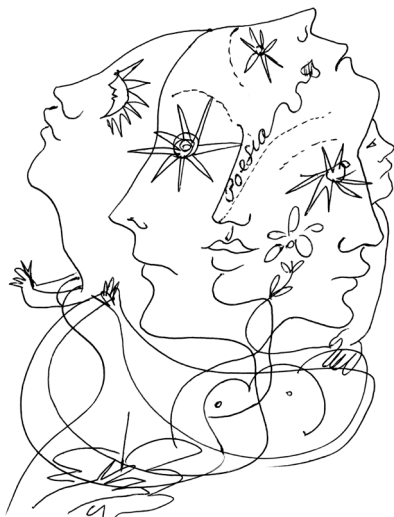
Nº 6

Málaga 2017

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de Ediciones del Genal.

ANTONIO HERNÁNDEZ

A balón parado



MEDARDO

Primo Pepito el Rana era de la familia por su abuela Remedios, hermana de la mía, quien estaba casada con el señor Martín, un viejo tratante de mulas y caballos, al que los negocios no le fueron del todo bien y acabó de posadero, aprovechando una casa grande y vieja de su mujer a la que iban a parar los viajeros con menos posibilidades económicas: vendedores de miel y hierbas aromáticas, telas, flores y especias; corredores de ganado, veloneros, mochileros de ida o de vuelta gibraltareña, y gitanos, muchos gitanos de los grandes mercados y las ferias, turroneiros, ferrallistas, canasteros, betuneros y algún que otro echador de cartas. El señor Martín, bajito, gordo y altivo, con una gorra que no se quitaba ni en la iglesia, vivía durante las horas de luz en la puerta de su posada, sentado en una silla, con el cigarro como una estalactita sedicente en su boca, en paralelo a la nariz grande, de boxeador, sin moverse o sin que se le movieran las napias por el hedor de los animales y sus heces, presto a poner en fuga a los chiquillos del juego o a los que iban a ver a los gitanos, dispuesto siempre a asustarnos a nosotros, a sus nietos y a mí, extrañamente suyos. En tal calibre medía su antipatía, capaz de extender a los mayores como plagas del distanciamiento, que, por las noches, al hacerme el

pesado con la cosa de coger o no el sueño, mi madre me cantaba aquello de ay, Martín, Martín, Martín, / ¿Quién será? / Calla, Monona, Monona / que ya se irá, sustituyendo el nombre de Monona por el de su tía para que pareciera más real el episodio tenebroso. Según mi abuela, Martín había sido chistoso y alegre, expansivo y piropero, aficionado a la parranda, cantador de fandangos por todos los mostradores de la localidad y tan hábil en el halago a las mujeres que, ella misma, de no haber estado enamorada del mejor hombre del mundo, hubiera sucumbido, rendida a sus zalamerías. Lo que le pasaba al señor Martín, nuestro tío cabreado, es que la vida le había puesto un vuelco en el corazón y, desde entonces, un corazón más duro que el hierro con que los gitanos hacían los balcones y las rejas, porque, precisamente uno de ellos, le había quitado a la tremenda la rosa más fragante de su jardín de cuatro flores, tía Julia, blanca como el azúcar, más blanca aún al contraste de aquel vendedor de género, baratijas y antigüedades, bruno como la jeta del Rey Baltasar o como la pelvis de Joe Louis y al que sólo la mascota marrón y el traje lo distinguían de un africano antiguo, de un africano de solera, zulú que en más de una película trabajó de brujo desenvuelto, porque Medardo, que así se llamaba, conocía todas las habilidades y triquiñuelas que en el mundo han sido y era capaz de vender la morralla por oro, la escoria por coñac francés, el aguarrás por cazalla. Tal aureola de trucos, cambalaches,

trueques, timos y engatusamientos, curiosamente no había logrado que se le perdiera el respeto por la sencilla razón de que los engañados, que eran a su vez truhanes en su inmensa mayoría, en vez de denunciarlo a unas autoridades, ciertamente laxas con su persona, se las aviaban para sacarle partido al producto bastardo o se callaban por temor al ridículo. Con la mejor protección, que es la que resulta de encontrarle el punto flaco al logrero objeto de la burla, Medardo vendía en Sevilla retablos barrocos, Riberas, Madrazos y Fortunys, estandartes de la toma de Granada, santos y sayones de Martínez Montañés, y en Zájara, la calderilla de su buhonería, que eran, siempre en su labia de turiferario, prendas angoleñas, sedas de China o paño catalán, después expuestos en los comercios locales o en los brazos vendedores más modestos que Medardo con aquellos rótulos pomposos. Medio pueblo, pues, andaba vestido a lo grande por tres perras gordas y, como lo que importa es lo que se cree, aquel gitano venía a ser, en vez de un embaucador, como un rey legendario de Oriente, de ahí, y de su morenez extrema, el mote de Baltasar, que jamás dejaba por atar un hilo de su tramposería, como me explicó abuela, engolada y muy en su papel de sabia, pero apenas crítica con los gitanos y rotundamente partidaria de Medardo, que se alojaba en nuestra pensión con la bata Julia y sus dos gitaniños, uno blanco como la porcelana y otro moreno como el azafrán, y la llenaba de regalos de Asia y

de las Américas, motivo claro por el que, incluso, le permitía que le llamara bata grande María, en la imposibilidad de llamárselo a la tía Remedios. Pero en el señor Martín ni aquel progreso ni los dos nietos de heno y leche y ni aun el tiempo transcurrido habían logrado que perdonara la afrenta del rapto de su hija y, lo que era más insultante e irrespetuoso, su consentimiento.

Abuelo y abuela visitaban poco las lágrimas de tía Remedios y la soberbia de Martín, pero cuando lo hacían se llevaban la única lección, poco convincente, por cierto, aprendida: que si era costumbre en los de su raza, que si era un rito tan inevitable como el del matrimonio por la iglesia para los católicos, que si los niños de alcanfor y betún y que qué trabajador y dadivoso para su hija era Medardo. —Venga, hombre, ¿no perdonó Nuestro Señor Jesucristo a Judas?

Martín, el señor Martín, aquel bolindre de pana, gorra y pitillo, callaba hosco, triste, desventurado y orgulloso. Se le llenaban los ojos de la ferralla de su corazón y se aplicaba a la copa, hasta que decía: Ya está bien, compare Juan. Entonces hablaban del mundo, de la tradición y del progreso, se preguntaban hasta dónde íbamos a llegar y el señor Martín, nostálgico del chalaneo dorado, le echaba la culpa de su declive profesional a la mecanización en el campo. Esa misma mecanización incipiente fue la que llevó a Medardo a cambiar su profesión de tra-

tante, que era el oficio de la aristocracia gitana, por la de vendedor de lo que fuera, pero, si la ocasión lo requería, retornaba a ella, pluriempleado integral del desempleo, sin haber olvidado que los caballos de seis años presentan una dentadura homogénea y que con los dientes de arriba y de abajo cerrados tienen que dar un ángulo de 175 grados a lo máximo y 165 a lo mínimo, mientras que en un penco de veinticinco el ángulo disminuye hasta los 60 grados y los dientes bajos se yerguen tan desmesuradamente que forman línea recta con la quijada inferior. Medardo lo mismo valía para descifrar la edad de una potrilla, los trotes de un jamelgo o las enfermedades de una sotreta que se las ingeniaba para que los curas pudieran tranquilizar la conciencia en las ventas prohibidas de obras de arte. Como quien iba a hacer un bien bendecido por Dios les hablaba de una tómbola benéfica en cualquier punto lejano del país, con cuyos resultados económicos podrían alimentarse muchos chavorrillos y busnosillos, y aquel argumento, guarnicionado con los billetes de rigor, terminaba aflojando la voluntad del cura que fuera. No dejaba una en el aire Medardo y con sus artes, no solamente admiradas por esquiladores, abigeos, gente de las pestis, herreros, caldereros, videntes de la buenaventura, afiladores y pegarremiendos de su raza –sino respetadas por los más diversos intermediarios payos– tenía desde el mando supremo de su clan la comarca patas arriba y llena de gitanos de otros mundos que ha-

bían nacido por allí, por Puerto Real, por el Barrio Santiago de Jerez, por San Fernando, por el Puerto y Sanlúcar, pues los convertía en gitans franceses, zinganos italianos, atsinkanos griegos, tinkers ingleses, csigánys húngaros, luris persas, haramis árabes, tatars escandinavos, zigeuners alemanes, zinganes rusos o gitanos portugueses para que les vendieran los abalorios, las sedas, los chales, las cuberterías, las vajillas, jarritos, las palanganas, las paletas, las espumaderas, las pinzas, que de todo había en su almacén invisible, o las alfombras, su sueño de venta magnífico en que volar, a las que, como a las antigüedades, le prestaba su más minuciosa atención, aunque no protagonizara él, directamente, el rito de la venta. Para la colocación de alfombras, Medardo destinaba a los más avispados del clan, a los que, previamente, les había inyectado un portugués macarrónico, que más era ensalada de vocablos inventados, ruidos de germanías, locuciones caló y, eso sí, una cadencia portuguesa como de fado, melancólica y dulce; con anterioridad los había convencido de que, durante el tiempo que durara el trabajo, eran lisboetas de nativitat, nada de Braga, Setúbal o cualquier otra provincia, y les había explicado cómo a pesar del popurrí lingüístico se habían de hacer entender para que a los compradores no dejara de llegarles el mensaje de que habían venido a una exposición en el Hotel Los Cisnes, de Jerez, de que al día siguiente forzosamente tenían que regresar a Portugal y que no

podían sino regalar aquellas alfombras porque los costos de aduana superaban el irrisorio precio por el que las ofrecían.

—Y ahí, sobrinos, aguzar las mirlas y los zacais.

Yo, confuso, era sobrino payo de aquel deslumbramiento y primo de la endrina con pies que parecía Medardito, y del arroz con leche que era Martincito, apelativo que venía a suponer la penúltima tentativa de Medardo para ablandar el corazón ferruginoso del señor Martín, con nombre, sin diminutivo, idéntico al de su segundo nieto. A aquellos dos chavorrillos, como los llamaban Medardo y la bata Julia, les decían en el pueblo de todo lo que pusiera de manifiesto el contraste que se hacía chiste en sus pieles antagónicas: la noche y el día, sol y sombra, leche y café, y, por oposición sin sentido de pigmentación epidérmica, todo lo que se enfrentara como Caín y Abel o Machín y Mairena, correspondencia menos absurda esta última porque Medardito y Martincito eran como dos gramolas ambulantes, canta que te canta por esquinas, plazas, barrancos, zaguanes o pasillos. Lo que no se entendía bien es que, mientras Martincito cantaba flamenco en correspondencia adecuada con su ascendencia paterna, Medardito le pusiera a sus jipíos un deje a son con dengue caribeño, a no ser por lo de los angelitos negros, aquella canción de don Antonio el zambo, primera razón que nos

hiciera dudar de Dios, de su vara justiciera, a falta de otra crítica más razonada y menos sentimental:

*Pintor, que pintas con amor,
por qué desprecias su color
si sabes que en el Cielo
también los quiere Dios.*

Quedaba claro que el culpable no era Dios, puesto que los quería en su Cielo, sino el pintor o los pintores, pero a mí me daba la espina de que Undibé también tenía parte en aquella discriminación de bandadas celestes y se lo decía a Medardito, quien, rápido como su padre el águila, me contestaba que los pintores o el pintor de la canción eran los mengues, los demonios malditos que solían personificarse en las inclemencias del tiempo, la escasez, el odio de la sociedad paya y los pintores que no pintaban angelitos negros. Medardito y Martincito, a su edad de nueve o diez años, frecuentadora de letras elementales, no sabían leer, pero en lo tocante al conocimiento de símbolos religiosos les hubiera cambiado mis conocimientos. Para ellos el universo espiritual estaba condicionado por las grandes fuerzas que suponían Dios, los Demonios, el Hombre mismo y la Suerte. Medardito y Martincito decían Undibé, los Mengues, el Rom y la Bají. El primero simbolizaba las fuerzas del bien; el segundo, las fuerzas de la desgracia y, en medio de ambos, se situaba la acción del hombre y la intervención de la suerte que, según en la dirección que soplara, traía el bienestar o la pena. De esta forma

Dios quedaba sin responsabilidad ante las plagas, las persecuciones y el hambre y que nadie se los tocara, dueño y señor del mundo como era y creador de la libertad del pueblo rom, al que habla eximido del trabajo por proceder de la primera mujer de Adán y, en consecuencia, no estar ligado al lance de la manzana. Medardito, quizá porque era más expansivo o, acaso, porque como hermano mayor había recibido los más grandes secretos de la tradición gitana, era quien me contaba aquellas cosas y quien me relató cómo Dios, tras crear el mundo, se dispuso a crear al hombre tomando un puñado de barro y haciendo con él una figura humana a la que coció en su horno, pero, con tan mala suerte, que se distrajo en las maravillas que acababa de hacer y cuando la sacó estaba quemada o más negra que el mismo Medardito. Que no contento con aquella cosa, más parecida en su color a como estaba el espacio antes de que creara la luz que a su esplendente obra de después de las tinieblas, modeló otra figura, a la que sacó del horno precipitadamente, a medio cocer, por miedo a que se le quemara como la primera. Dios quería crear el hombre ideal, el hombre perfecto, ni negro de África, como a pesar de todo parecían Medardo y Medardito, ni hombre blancucho de Europa, a la manera de Martincito extrañamente, y volvió a insistir hasta lograr uno bronceado, en su punto exacto de fulgor, relampagueante de moreno: el hombre gitano. La culpa de aquel desorden en sus pieles debía de tenerla

la tía Julia, que, obviamente, había supuesto un elemento alterador de tal signo como para que en ellos no se cumpliera a rajatabla la teoría. Pero la bata era la bata y estaba por encima de cualquier controversia, cosa de Undibé sin discusión posible, que se la había dado a Medardo en vista de que los mengues siempre se manifestaban a favor de los payos y en contra de los gitanos, regalo precioso por el cual quedaban a salvo de sus efectos maléficos. De allí, de aquella inclusión paya en la familia rom, y de su influencia con los mengues, le debía de venir a Medardo la inmunidad, el hecho de que le salieran bien los trapicheos y las triquiñuelas. Pero a la Bají había que mimarla y ofrendarle los ritos convenientes para que no soplara en contra, por lo que Medardito y Martincito andaban todo el día tocando las espaldas de los jorobados y rozando los vestidos de las monjas, actitudes que más de un disgusto les costó sin que, por ello, dejaran de creer en la eficacia del rito palpante. De aquellas confesiones había una a la que yo no acababa de cogerle el sentido al mostrarse abiertamente en pugna con su religiosidad. Una que no cuadraba, puesto que si lo que me contaba más bien tenía cuarto en la fantasía en vez de en lo posible, no era menos cierto que siempre se justificaban en explicaciones coherentes. Una, en la que los curas dejaban un mal fario incalculable y duradero si se les veía al salir de casa, por la mañana. Y nunca Medardito quiso explicarme su fundamento mítico

hasta que la bata Julia me dijo que la sotana era el hábito del diablo contra el que podían luchar teniéndolo más presente.

—Butchis chorrós, cosas malas. Dios les puso el hábito del Diablo para que recuerden que es el padre de las butchis chorrós.

Tía Julia decía el Diablo, pero Medardo y los primos jamás singularizaban al tratarse de él. Decían los mengues, ya que tantas desgracias no pueden provenir de un solo ser por muchas atribuciones superiores que se tengan. Así, cuando hablaban de los incendios o de la Guardia Civil, los mengues, bastante paganos en la aceptación de los contradioses, pero ortodoxos en lo relativo a Dios, que, no obstante, como en el caso católico, acusaba una nómina jerarquizada de santos y santas, al fin y al cabo los de la religión cristiana, a los que, dadas sus pocas propiedades tradicionales, aprovechaban como suyos. En esta cuestión poco tuvo que cambiar la tía Julia. La tía Julia tuvo que cambiar en cuanto a su concepción del pecado, que en aquella forma de vida que le había abierto las puertas se convertía en hecho punible si se violaban los principios de la raza, basados en la unión y en la ayuda recíprocas de quienes la formaban, mundo aparte los payos, a los que, más que poder, se debía engañar. Pero en lo referido a vírgenes, arcángeles, ángeles, santos, santas y beatos varones o hembras o en lo relacionado con las celebraciones no

había tenido que modificar en lo más mínimo sus costumbres de soltera. A decir de la abuela era la misma y mejor que podría parecer de no ser por el luto, por el vestido negro hasta los tobillos y el pañuelo en la cabeza, en memoria de la vida buena del padre de Medardo, de muló cinco años por entonces, muerto-vivo como todos los gitanos que se van al otro mundo y, en vista del quinquenio preceptivo a cumplirse, dispuesto ya a redimir del luto a tía Julia, y a Medardo de pena mucho más severa: la sogá áspera del cuello, por debajo de la camisa, liada al torso y apretada a la cintura como cilicio recordador. Con aquella penitencia extrema, Medardo había aceptado también la de no beber alcohol, una de las más grandes pruebas a que podía someterse un rey de la juerga como él. Y, por lo que decía, peor llevaba la privación que el castigo de la sogá, abstinencia de la que habría de desquitarse con creces en cuanto se cumplieran los cinco años de luto, fecha próxima a la feria abrileña de Jerez, a la que estábamos invitados por Medardo, por su tronío, por su rumbo, como subrayaba abuela, sin presentir la pobre que una flebitis le iba a evitar, junto con el desplazamiento, la empachera que todos cogimos, porque Medardo nos tuvo una semana de bodega en bodega, de patio de vecindad en patio de vecindad, de caseta en caseta y de chamizo gitano en chamizo gitano, mareados de vino y de bulerías, de bailes, de chistes, de palmas y de tratos que no desaprovechaba,

hasta el punto de que, al volver a Zájar, la feria de Jerez nos parecía una nube, también de polvo, en cuya vorágine no recordábamos nada, excepto una anécdota endiablada en una caseta, por la que, momentáneamente, mis padres se quedaron sin una perra gorda. Lo que pasó fue que, entre el fragor de las copas, el cante y el baile, Medardo sacó un balón de reglamento de su chistera y, dirigiéndose a nosotros, los niños, nos dijo: Venga, a echarse un partido en el descampado y al equipo que gane le doy veinte machacantes. Nuestros contrincantes eran cuatro muchachos de nuestras edades, hijos o parientes de otros gitanos amigos de Medardo, que en poco fueron deportivos con mi hermano Rolo, conmigo, con Medardito y Martincito, a los que en vista de su oposición epidérmica también les llamaban Carlsson y Ben Barek, porque no fue más que ponerse la pelota en juego y empeñarse en entradas terroríficas, de una manera especial y sañuda con Rolo, sobre cuyo carácter poco diplomático y algo más que violento deberían tener cumplida información. A mi hermano bastaba que le tocaran las palmas para que se pusiera a bailar, o lo que es lo mismo, que lo provocaran para que diera en movimiento de todo su recordatorio de películas del Oeste y todas sus lecturas de los tebeos de Pacho Dinamita, un vasco al que el dibujante estrella de editorial Maga hizo campeón del mundo de los pesos pesados. Así que se enzarzó a golpes con los gitanitos, que era lo que ellos querían,

porque cuando mi padre y mi madre regresaron a la caseta, una vez pacificada la tangana, pudieron comprobar desolados que el bolso de mamá había desaparecido con lo que llevaba dentro. Los lloros y las quejas, los nervios desatados y la nariz sangrante de Rolo hicieron reaccionar a Medardo, quien, después de advertir a mi padre algo sobre el dinero y que jamás se debía dejar su custodia en manos de las mujeres, nos tranquilizó poniendo en nuestro conocimiento aturrido que quienes nos robaron debían ignorar que éramos sus parientes.

—Ea, a no preocuparse que eso lo arregla Medardo.

Aquella misma noche ya estaban en poder de mamá el bolso y el dinero intocado con que salimos del pueblo, gracias, primero, al rumbo del gitano, que no había consentido que mis padres pagaran nada desde que llegamos a la feria; segundo, merced a sus buenos oficios e influencias sobre los de su raza, tal nos contó. Tiempo después supimos que sólo la magnitud que llegó a tomar el entuerto lo privó de confesarnos entonces que todo había sido una broma preparada por él con la intención de hacernos inolvidables aquellos días.

Tras el verano, cuando volvió la caravana de su DKW cargada de baratijas al pueblo, se había evaporado la nube que supuso la Feria de Jerez. Nos habíamos olvidado de la broma pesada y todo volvió a ser como siempre. Incluso el señor Martín siguió encerrado en su corazón de hierro.



*Este librito se terminó de imprimir en la
ciudad de Málaga, bajo el signo de las
estrellas que rigen la Constelación de
Aries. Al cuidado de esta edición
las Librerías Proteo y Prometeo*

Antonio Hernández

Arcos de la Frontera (Cádiz) 1943. Poeta y narrador, fundador de la Asociación de Críticos y Escritores andaluces. Se le inscribe en la Generación del 60 o Generación del Lenguaje. Su obra llamó la atención de escritores como Luis Rosales y Rafael Alberti. IV Premio de las Letras Andaluzas de la ACE. Medalla de Oro de Andalucía, dos veces Premio de la Crítica de Poesía, Premio Andalucía de novela, I Premio Internacional de Novela Ciudad de Torremolinos por *El Tesoro de Juan Morales*, Premio Nacional de Poesía con *Nueva York después de muerto* en 2014.



ediciones
del Genal